

El PASTOR como LÍDER

Cómo **guiar** a los demás con **integridad** y **convicción**

JOHN MACARTHUR
EDITOR GENERAL

Para vivir la Palabra

Para vivir la Palabra

Publicado por:

Editorial Nivel Uno, Inc.
3838 Crestwood Circle
Weston, Fl 33331
www.editorialniveluno.com

©2016 Derechos reservados

ISBN: 978-1-941538-19-7

Desarrollo editorial: *Grupo Nivel Uno, Inc.*
Diseño interior: *Grupo Nivel Uno, Inc.*

Copyright ©1980 por Grace Community Church
Originally published in English under the title:
The Shepherd as Leader
by Harvest House Publishers
Eugene, Oregon, 97402, U.S.A.
www.harvesthousepublishers.com

Todos los derechos reservados. Se necesita permiso escrito de los editores, para la reproducción de porciones del libro, excepto para citas breves en artículos de análisis crítico.

A menos que se indique lo contrario, todos los textos bíblicos han sido tomados de las siguientes versiones:
Santa Biblia, Nueva Versión Internacional® NVI® ©1999 por Bíblica, Inc.©. Usada con permiso.
Reina Valera © por Sociedades Bíblicas en América Latina. Usada con permiso.

Printed in the United States of America
Impreso en Estados Unidos de América

16 17 18 19 20 21 22 VP 9 8 7 6 5 4 3 2 1

Contenido

Introducción 5

1. Humildad: Elemento esencial para el ministerio 9
   John MacArthur

2. Pureza en el campamento 25
   Ligon Duncan

3. Santificado sea tu nombre: El líder de rodillas 45
   Tom Pennington

4. El líder que sufre bien 67
   John Piper

5. Un ministerio de integridad 81
   John MacArthur

6. Oposición y esperanza 97
   Mark Dever

7. El líder y su rebaño 115
   Rick Holland

8. Guarde el evangelio 133
   Steven J. Lawson

9. Ni gente pequeña, ni sermones pequeños 151
   Albert Mohler

10. Confronte la hipocresía 167
    John MacArthur

11. ¿Qué está haciendo falta en el servicio de su iglesia? 183
    Austin T. Duncan

12. Promueva la comunión 203
    John MacArthur

Notas 219

Introducción

La primera Conferencia de Pastores se celebró el 19 de marzo de 1980 en la congregación Grace Community Church, donde 159 hombres se reunieron para tratar el tema del ministerio pastoral. Desde el principio, el objetivo era poner en práctica el mandato de Pablo a Timoteo: «Lo que has oído de mí ante muchos testigos, esto encarga a hombres fieles que sean idóneos para enseñar también a otros» (2 Timoteo 2:2).

Lo que se inició como una pequeña actividad se ha convertido, por la gracia de Dios, en un movimiento internacional con miles de asistentes en cada primavera. Con los años, los pastores de todos los estados de la Unión Americana y casi cien países llegan a la conferencia para que se les rete y aliente en las áreas de la predicación, la teología, el liderazgo, el discipulado y la consejería. Mi corazón ha sido profundamente bendecido por los hombres fieles que he conocido, con los que he confraternizado en la conferencia.

Desde su creación, la Conferencia de Pastores ha ofrecido cientos de sermones dirigidos específicamente a pastores y líderes eclesiásticos. Debido a que la verdad de la Palabra de Dios es atemporal, esos mensajes son todavía tan ricos y poderosos como cuando los predicaron por primera vez. Es por eso que agradecí tanto cuando Harvest House Publishers se me acercó con respecto a la publicación de este segundo volumen, una colección de los mensajes más notables de la Conferencia de Pastores sobre el tema de liderazgo.

Hoy más que nunca, la iglesia necesita un modelo restaurado de liderazgo basado en la Palabra de Dios y que lo glorifique a Él, razón por la cual un libro sobre este tema es tan oportuno. El objetivo de este volumen es animar a los pastores a cumplir su mandato pastoral:

ejemplificar el estilo de liderazgo más auténtico, el que según Cristo exige servicio, sacrificio y abnegación.

Este libro es para todos los líderes espirituales, hayan estado o no en la Conferencia de Pastores. Es mi oración que, al leerlo, su pasión por la verdad arda más y su determinación para la gloria de Cristo se haga más fuerte a medida que trata de servir y guiar a la iglesia de Él.

Para el Gran Pastor,
John MacArthur

Humildad: Elemento esencial para el ministerio

«Cualquiera que reciba a este niño en mi nombre,
a mí me recibe; y cualquiera que me recibe a mí,
recibe al que me envió; porque el que es más pequeño
entre todos vosotros, ése es el más grande».

Lucas 9:48

1

Humildad: Elemento esencial para el ministerio

John MacArthur

Lucas 9:46-56

Es fácil sentirse orgulloso cuando estamos en lo correcto. Nuestra teología es correcta. Nuestra comprensión de la Palabra de Dios es correcta. Nuestra opinión sobre la Escritura como la revelación infalible de Dios santo es correcta. Nuestro entendimiento del Evangelio es correcto. Tenemos el mensaje correcto para predicarle al mundo. Es difícil ser humilde cuando estamos en lo cierto, puesto que podemos llegar a ser intolerantes y rígidos. Recordar que debemos ser humildes es muy útil. Recordar que hablar la verdad con amor y ser paciente es necesario. Vivimos en un mundo que, por ironía, exalta al amor por sí mismo, la autosatisfacción, la autopromoción. Exaltar al yo es algo virtuoso para el mundo. Pero como pastores, nos vemos obligados a vivir de una manera contracultural siendo ejemplos de humildad sin egoísmo en un mundo que ve eso como debilidad.

Los peligros del orgullo

Los hijos de Dios están llamados a ser humildes puesto que la Escritura ve el orgullo como un feo pecado que el diablo cometió junto con los otros ángeles que se unieron a su rebelión. El orgullo es el pecado que llevó a Adán y a Eva a ser expulsados del huerto. Es ese pecado condenatorio el que instigó la rebelión en contra de Dios y de su ley, porque fue el orgullo el que pretendió destronar a Dios, atacar su soberanía absoluta perfecta, y reemplazarlo con el yo. Este tipo de orgullo se apodera de manera natural de cada corazón humano.

El orgullo es la razón que dificulta llegar a Cristo. Después de todo, ¿quién quiere aborrecerse y negarse a sí mismo? Sin embargo, ese fue el mensaje que Jesús enseñó: que uno no puede entrar en su reino si no se aborrece a sí mismo. Es difícil rehusarse a asociarse por más tiempo con la persona que uno es —hacer a un lado las ambiciones propias, los deseos, los sueños, las metas— y acudir a Cristo quebrantado, contrito y con las manos vacías.

No fue hace muchos años, cuando un estudiante de primer año de seminario con los ojos muy abiertos me preguntó: «Doctor MacArthur, ¿cómo pudo al fin superar el orgullo?» Una pregunta genuina, aunque tonta, porque nadie va a vencer el orgullo hasta que abandone esta carne caída. La lucha contra el orgullo continuará hasta el día de la glorificación. Sin embargo, eso no le da excusa a la gente para que se aferre a su jactancia. El orgullo tiene que quebrantarse para que los individuos sean salvos y eso tiene que ser continuamente para que sean santificados.

El orgullo del pastor

Mi temor es que los ministros que asisten a reuniones como la Conferencia de Pastores, que leen los libros correctos y que acumulan los conocimientos adecuados pueden sentirse motivados y con energías para salir a pelear la batalla por la verdad de una manera errónea. Me temo que los pastores bien capacitados, a menudo se sienten demasiado preparados para ser inflexibles con las personas que son lentas para aprender y para aceptar ciertas verdades. Pastor, cuanto más sepa y más maduro sea, mayor es el impacto que tiene su ministerio, mayor es la bendición que usted siente y mayor es la probabilidad de que nutra su orgullo.

Eso es lo que el apóstol Pablo escribió en 2 Corintios cuando el Señor le envió un mensajero de Satanás; creo que es una referencia a un grupo de falsos maestros que llegaron a Corinto y agitaron la iglesia. El caos que ese grupo causó devastó al apóstol. Pablo experimentó mucha agonía mientras observaba una iglesia que era triturada por la falsa enseñanza; una iglesia en la que él había invertido gran parte de su vida. El apóstol incluso oró tres veces al Señor para que eliminara ese aguijón, pero reconoció que el Señor se lo envió para perforar su

carne que, de otro modo, sería orgullosa. Pablo dijo que el motivo por el que Dios le envió ese mensaje de Satanás fue para evitar que se exaltara a sí mismo.

Usted experimenta el poder de Dios
cuando llega al final de sí mismo.

Pablo había visto muchas revelaciones, estuvo en el cielo y regresó, fue testigo de cosas indecibles, fue arrebatado hasta el tercer cielo y tuvo apariciones privadas del Señor Jesucristo resucitado (2 Corintios 12:1-7). Este hombre tenía mucho de lo cual sentirse orgulloso, así que cuando el Señor necesitó humillar a su siervo —por demás orgulloso—, envió a un demonio acorde a los propósitos de su providencia. En medio de ese dolor, Pablo sabía que la gracia de Dios era suficiente y que el poder divino se perfeccionaría en su debilidad. Amado, usted experimenta el poder de Dios cuando llega al final de sí mismo.

Una lección de humildad

En Lucas, capítulo 9, Jesús impartió una lección de humildad. A estas alturas, los discípulos habían estado con Jesús por más de dos años y medio, veinticuatro horas al día, siete días a la semana. Estaban constantemente en la presencia de Jesús, por lo que cada lugar era un salón de clases y todo era una lección. Esos seguidores experimentaron la enseñanza incesante y todo lo que Jesús les enseñó era absolutamente correcto. Cada palabra que Él hablaba venía de una mente divina y, debido a ello, los discípulos fueron enseñados a la perfección.

Además, a los discípulos se les dio autoridad para representar a Jesucristo, al proclamar el evangelio del reino de ciudad en ciudad y de pueblo en pueblo. A esos hombres se les dio tanta autoridad que si iban a un pueblo que no recibía su mensaje, debían pronunciar un juicio sobre esas personas, sacudir el polvo de sus pies y partir de allí. También se les dio poder para echar fuera demonios y sanar enfermedades. Aquellos hombres comunes y corrientes recibieron esa inmensa cantidad de verdad, autoridad y poder divino, para que la ejercieran en el nombre de Jesucristo. Como resultado, su carne tenía dificultad para

luchar contra el orgullo, por lo que fue necesario que nuestro Señor les enseñara el significado de ser humildes. Eso fue lo que Jesús hizo exactamente en Lucas, capítulo 9, impartió una clase sobre la humildad, misma que se aplica a nosotros también.

Al principio de Lucas 9 leemos que a los discípulos se les dio poder y autoridad para expulsar demonios, curar enfermedades, anunciar el reino, emitir juicio sobre las ciudades y sacudirse el polvo de sus pies. Con ese poder y esa autoridad fueron «anunciando el evangelio y sanando por todas partes» (Lucas 9:6). Para añadir a eso, Pedro, Juan y Jacobo fueron llevados hasta un monte con Jesús donde este hizo a un lado su carne y se transfiguró (vv. 28-29). En esa montaña, los tres discípulos vieron la gloria de Dios que resplandecía; allí conocieron a Moisés y a Elías. Esos hombres experimentaron un acontecimiento sorprendente, único y sin igual.

Con todo lo que experimentaron, era difícil que los discípulos permanecieran sumisos. Así que mientras bajaban del monte, entraron en discusión «sobre quién de ellos sería el mayor» (9:46). Puede imaginar lo que se dijo durante ese argumento. Uno de ellos pudo haber dicho: «Bueno, nunca se sabe, podría ser yo». Y Jacobo pudo haber respondido: «Bueno, si ibas a ser tú, habrías estado en la montaña con nosotros». Al instante, el grupo se habría reducido a tres. Uno podría haber dicho: «A nosotros nos llevaron al monte, a ti no». Entonces otro pudo haber intervenido: «En el último pueblo que visitamos, ¿a cuántas personas sanaste?». La respuesta hubiera llegado: «Bueno, tuve algunas sanidades menores». La réplica: «¡Ja! Yo tuve cinco sanidades importantes». Uno solo puede imaginarse el argumento que se planteó entre los discípulos.

Es importante recordar que los discípulos se enumeran en Mateo, Marcos, Lucas y Hechos. En cada una de esas listas se mencionan tres grupos de cuatro discípulos. Los grupos aparecen según el orden de intimidad descendente con Cristo. Cada vez que se dan esas listas, cada discípulo permanece en su grupo, y el primer nombre de cada grupo nunca cambia. Eso significa que había líderes sobre cada uno de los grupos. Pedro era el primer nombre que aparecía en el grupo más íntimo. Era el líder entre los otros líderes. Así que, en pocas palabras, había un orden jerárquico. El primer grupo era muy audaz. Pedro estaba en este,

junto con Jacobo y Juan, también conocidos como los Hijos del Trueno. Y debido a que los discípulos vivían en un mundo en el que se entendía la jerarquía, estaban discutiendo sobre quién era el más grande comparando todas sus experiencias espirituales, las oportunidades para mostrar poder, los momentos particulares con Jesús e incluso el asombroso acontecimiento en el monte.

Es evidente que el argumento era tan intenso que Jacobo y Juan le pidieron a su madre que fuera ante Jesús y presentara su caso para sentarse a su mano derecha y su mano izquierda. Los Hijos del Trueno hicieron eso debido a que su madre se relacionaba con la mamá de Jesús, y supusieron que tenían el camino libre por ser familia. Esos hombres tenían el mensaje correcto y eran representantes elegidos de Dios; sin embargo, todavía tenían que enfrentar la cuestión del orgullo. En este texto, Jesús les enseñó a los discípulos —y a nosotros— una lección necesaria sobre la humildad.

El orgullo arruina la unidad

El primer principio que Jesús enseñó es que el orgullo arruina la unidad. Lucas escribió: «Entonces entraron en discusión» (9:46). La palabra griega traducida como «discusión» implica una batalla en la que la unidad se fracturó. Los discípulos eran un equipo, por lo que se suponía que no debían estar compitiendo entre sí. Los de esa primera generación de predicadores del evangelio necesitaban dar sus vidas por Cristo y cederse sus corazones de manera mutua. En vez de eso, estaban destruyendo su unidad en medio de una misión crucial. El orgullo es capaz de destruir el más íntimo tipo de unidad. Incluso Jesús, mientras estaba a punto de sufrir en la cruz, les habló a los discípulos acerca de su propio sufrimiento; sin embargo, no pudo mantener su atención porque estaban demasiado ocupados alienándose unos a otros con su deseo de gloria propia. El orgullo tiene la capacidad de destruir las relaciones.

Por ejemplo, el orgullo destruyó las relaciones entre los creyentes de Corinto. En 2 Corintios 12:20, Pablo escribió que temía visitar a su iglesia porque le preocupaba encontrar entre ellos contiendas, celos, ira, disputas, calumnias, chismes, arrogancia y disturbios. Él no sabía si podría manejar las facciones que se originaban en el orgullo.

El orgullo es capaz de causar mucho daño; es por eso que Pablo escribió en Filipenses 1:27 que los creyentes debían estar «combatiendo unánimes por la fe del evangelio». E instó a los filipenses a que no compitieran entre sí, sino que mantuvieran la unidad:

> Por tanto, si hay alguna consolación en Cristo, si algún consuelo de amor, si alguna comunión del Espíritu, si algún afecto entrañable, si alguna misericordia, completad mi gozo, sintiendo lo mismo, teniendo el mismo amor, unánimes, sintiendo una misma cosa. Nada hagáis por contienda o por vanagloria; antes bien con humildad, estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo; no mirando cada uno por lo suyo propio, sino cada cual también por lo de los otros. Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús, el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz (2:1-8).

Como pastor, usted puede predicar sobre el tema de la unidad hasta que su cara se torne azul, pero mientras el orgullo exista en la iglesia, continuará destruyendo las relaciones.

El orgullo eleva la relatividad

El segundo principio que Jesús enseñó es que el orgullo eleva la relatividad. La esencia de la discusión es determinar quién es comparativamente mayor. El orgullo desea superioridad sobre los demás, busca elevarse a sí mismo y se compara con todos los otros. De eso exactamente es de lo que Jesús acusó a los fariseos. A ellos les agradaba que los hombres los vieran, les encantaba el lugar honroso en los banquetes, preferían las primeras sillas en las sinagogas, que los saludaran con respeto en el mercado y que les llamaran rabinos. El corazón orgulloso lucha incesantemente por la posición superior e incrementa la relatividad comparándose s sí mismo con los demás. Sin embargo, Jesús tenía y

continúa teniendo una definición diferente de la grandeza: «Cualquiera que se enaltece, será humillado; y el que se humilla, será enaltecido» (Lucas 14:11).

El orgullo revela la depravación

Un tercer principio que Jesús enseñó es que el orgullo revela el pecado y la depravación. Lucas escribió que Jesús sabía «los pensamientos de sus corazones» (9:47). Jesús siempre sabe lo que hay en el corazón de una persona. ¿Cómo les gustaría pasar tres años con Dios leyendo constantemente sus pensamientos? Esa puede ser la mayor evidencia de la gracia de Dios en el uso de vasos imperfectos. Aunque sabe todos nuestros pensamientos, todavía utiliza gente falible y débil.

No importa cuánto pueda intentar evitar la desunión o algún tipo de jerarquía espiritual; dado el tiempo suficiente, los pecados del corazón todavía van a salir. El tiempo y la verdad van de la mano. Un pastor orgulloso puede mantener su engreimiento en secreto durante un tiempo, pero al fin la congregación averiguará que es impulsado por un corazón orgulloso. Esa es una de las principales razones por las que algunos pastores tienen un ministerio breve.

En su respuesta, el Señor no estaba reaccionando solo debido al daño que el orgullo causa, ni a la relatividad que ocurre, sino debido a su pecaminosidad. Jesús sabía lo que los discípulos estaban pensando cuando «tomó a un niño y lo puso junto a sí» (9:47). Era un niño lo suficientemente pequeño como para sostenerlo (ver Marcos 9:36), pero lo bastante crecido como para pararse delante de Jesús. Esa imagen representa a una persona que acude al Señor sin logros alcanzados, sin éxito y carente de autoestima. A Dios no le importa cuántos títulos uno tenga, qué tanto haya leído, cuán ingenioso sea en la comunicación o cuán fuerte como líder. La única forma en que uno puede acercarse a Él es como un niño manso y humilde.

En esa cultura, se consideraba a los niños como los más débiles, los más ignorados y los más vulnerables de todos los seres humanos. Se veían como de poco valor, por lo que muchos de ellos no sobrevivían para convertirse en adultos. Jesús usó a ese niño para enseñarles a los discípulos que estaban viéndose a sí mismos como reyes cuando estaban actuando como niños. El pecado del orgullo no reconoce

la dependencia total y absoluta de Dios que una persona debe tener. El orgullo revela el pecado y la depravación.

El orgullo rechaza la deidad

En cuarto lugar, el orgullo rechaza la deidad. Jesús dijo en Lucas 9:48: «Cualquiera que reciba a este niño en mi nombre, a mí me recibe; y cualquiera que me recibe a mí, recibe al que me envió». El niño representa a aquellos que son discípulos de Jesús. Jesús dejó en claro que, a menos que uno se vuelva como un niño, no entrará en el reino. Por lo tanto, los que rechazan a Cristo objetan la presencia de Dios en otros creyentes. Estos hijos de Dios son preciosos para el Señor, por lo que también deben ser valiosos para nosotros.

Como pastores, nunca podemos decir que no tenemos tiempo para otros cristianos, puesto que el Espíritu Santo mora en cada creyente. Los discípulos sintieron que Jesús estaba perdiendo su tiempo interactuando con los niños, pero observe lo que les responde: «Dejad a los niños venir a mí, y no se lo impidáis; porque de los tales es el reino de Dios» (Marcos 10:14). Debemos tener mucho cuidado cuando se trata de rechazar, ofender o menospreciar a otros creyentes, ya que cuando lo hacemos, estamos ofendiendo a Cristo, que habita en ellos. El orgulloso piensa que es mejor que otro creyente en quien Cristo mora; por lo tanto, el orgullo rechaza la deidad.

El orgullo revierte la realidad

El quinto principio que Jesús enseñó es que el orgullo revierte la realidad. «El que es más pequeño entre todos vosotros, éste es el que es grande» (Lucas 9:48). Esta verdad molesta al mundo y derrumba la sabiduría convencional. La sabiduría del mundo afirma que quien es el más popular, el más conocido, el más influyente y el más poderoso es el más grande. El orgullo intenta revertir la realidad de que el más grande es el que sirve, es decir, el siervo. Pablo enfatizó esta verdad en 1 Corintios 1:26-28 cuando escribió acerca del Señor estableciendo su iglesia no con muchos nobles, ni muchos poderosos, sino con los humildes y los débiles. E hizo eso para que la gloria pudiera ser de Él y que no hubiera otra explicación para la existencia de la iglesia que los propósitos divinos.

Amados, nosotros somos los humildes y los más pequeños. Nuestra lucha debe centrarse en ver quién puede servir a los más, porque «el que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor» (Mateo 20:26). El orgullo intenta revertir la realidad, y esto se ve incluso en el mundo cristiano. Las personas que son homenajeadas, populares y que han logrado todo tipo de cosas tienden a promoverse a sí mismas inevitablemente. Como ministros de Dios, esta es una batalla que tenemos que pelear; por tanto, debemos esforzarnos por ser humildes como Jesús.

El orgullo reacciona con exclusividad

En sexto lugar, el orgullo reacciona con exclusividad. A los fines de esta lección veamos Lucas 9:49: «Entonces respondiendo Juan, dijo: Maestro, hemos visto a uno que echaba fuera demonios en tu nombre; y se lo prohibimos, porque no sigue con nosotros». Aquí vemos a Juan reaccionar con exclusividad. Juan era un hombre dinámico, movido; no era manso. Lo que no ayudaba era que acababa de bajar del monte de la transfiguración. Es en medio de todo eso que Juan se encontró con alguien que expulsaba demonios en el nombre de Jesucristo, y trató de impedírselo porque esa persona no era uno de los discípulos que seguían a Jesús. Juan básicamente dijo: «¡Eh! Tú no eres de nuestro grupo. No llevas nuestro sello».

Leemos que este individuo no solo trató de echar fuera demonios; los estaba expulsando en el nombre de Jesús. Tal vez era uno de los setenta que fueron enviados, pero no era parte de los Doce. Hacer algo en el nombre de Jesús indica coherencia con la identidad y la misión de Jesús. Al parecer, ese individuo era un creyente, aunque no un apóstol, y estaba sirviendo para la gloria de Cristo. El texto original en griego indica que el hombre siguió haciendo su tarea mientras Juan y algunos otros lo seguían de cerca, tratando de detenerlo. Ellos hicieron eso porque él no estaba en el grupo.

El orgullo siempre es sectario y estrecho. Ese hombre no era un incrédulo como Simón el Mago, que estaba tratando de comprar el poder del Espíritu Santo (Hechos 8:18-19). Sin embargo, no estaba directamente afiliado al grupo de los discípulos de Jesús; y Juan tenía problema con eso.

A veces me preguntan por qué me asocio con una organización o persona específica y por qué ellos se asocian conmigo. Si tuviera que limitar mis asociaciones solo a las personas de mi grupo, entonces el mundo sería un lugar solitario. El orgullo quiere hacer exactamente eso. El orgullo dice: «Yo sé más que tú. No sé si pueda trabajar contigo. Tú necesitas corrección. Tú necesitas ayuda. No eres de ellos. Una vez lo seas, entonces, trabajo contigo». La humildad dice: «Si estás haciendo esto en el nombre de Cristo y estás haciendo tu mejor esfuerzo para servir a Cristo, te acompañaré», porque entre los humildes hay amplitud y generosidad.

Jesús dejó en claro que no hay término medio. Si alguien es por Cristo y está haciendo todo lo posible por servirle, no se lo impida más. Jesús le dijo a Juan: «No se lo prohibáis; porque el que no es contra nosotros, por nosotros es» (Lucas 9:50). La verdadera iglesia es un lugar muy diverso. He estado por todo el mundo, y es evidente que las culturas, estilos y expresiones de culto varían de una región a otra. A pesar de que yo podría hacer ciertas cosas de forma diferente, si ellos son de Cristo, yo estoy llamado a no impedir ese esfuerzo. Pero es difícil ser humilde cuando uno piensa que tiene la razón. Debemos humillarnos a nosotros mismos y darnos cuenta de que todos, todavía, estamos en proceso.

La humildad pertenece a aquellos que entienden que el camino hacia abajo es el que lleva hacia arriba.

La humildad persigue la unidad al tratar de exaltar a los demás. La humildad rehúsa las comparaciones. La humildad purifica a la persona interior de todo egoísmo. La humildad es de los que exaltan a Dios solamente como objeto de adoración y reconocen que no deben rechazar a los hermanos en la fe, sino honrarlos y amarlos. La humildad pertenece a aquellos que entienden que el camino hacia abajo es el que lleva hacia arriba. La humildad es una característica de los que abrazan la diversidad de los verdaderos creyentes.

El orgullo limita la misericordia

El séptimo y último principio que Jesús enseñó es que el orgullo restringe la misericordia. A medida que nos acercamos al final de Lucas 9,

leemos que el ministerio en Galilea concluyó y se acercaban los días de la ascensión de Jesús a Jerusalén y, en última instancia, a la cruz (v. 51). La escena cambia, pero la lección de humildad continúa, y aquí nos encontramos con una ilustración acerca de la manera en que el orgullo restringe la misericordia. Mostrar misericordia es ser generoso, amable y desinteresado. Lo contrario es una falta de misericordia, lo cual está reservado para la clase más rancia de personas, las que están llenas de venganza, hostilidad y maldad. En esta ocasión, leemos que algunos de los discípulos eran despiadados: «Y envió mensajeros delante de él, los cuales fueron y entraron en una aldea de los samaritanos para hacerle preparativos. Mas no le recibieron, porque su aspecto era como de ir a Jerusalén. Viendo esto sus discípulos Jacobo y Juan, dijeron: Señor, ¿quieres que mandemos que descienda fuego del cielo, como hizo Elías, y los consuma?» (Lucas 9:52-54).

Los samaritanos eran una raza mixta de paganos semitas que quedaron del Reino del Norte. Después que ese reino fue invadido por los asirios, los pueblos que quedaron se mezclaron casándose con paganos y se convirtieron en fieles al rey asirio. Los judíos los odiaban porque eran considerados mestizos que habían rechazado su raza y su fe.

Aun cuando los judíos rechazaban a los samaritanos, Jesús no. En Juan 4, leemos que ministraban a esas personas debido a que el evangelio también era para los gentiles. Así que en Lucas 9, Jesús visitó un pueblo samaritano para predicar el reino. Mientras se acercaba, envió a unos mensajeros para que hicieran los preparativos. Sin embargo, la gente del pueblo rechazó a Jesús y le impidieron su visita. Ellos lo rechazaron porque viajaba con enfocado en Jerusalén y ellos despreciaban a los judíos. Como a los samaritanos no se les permitía adorar en Jerusalén, tuvieron que construir su propio lugar de adoración en Gerizim. Para empeorar las cosas, en 128 a.C., su templo en Gerizim fue destruido. Eso hizo que odiaran aún más a los judíos.

Cuando Jacobo y Juan vieron ese rechazo, le preguntaron al Señor: «¿Quieres que mandemos que descienda fuego del cielo, como hizo Elías, y los consuma?» Bueno, esa es una reacción extraña a la incredulidad. No mostraron un corazón misionero. ¿Y cuándo tuvieron alguna vez estos discípulos la capacidad de expresar tal poder? ¿De dónde sacaron esa idea? Recuerden que, poco antes, ellos estuvieron con Elías

en la transfiguración; y lo más probable es que estuvieran evocando un incidente que se registra en 2 Reyes 1.

Allí leemos que Ocozías, el soberano del Reino del Norte, envió a cincuenta hombres junto con un capitán a tomar a Elías prisionero. Cuando el capitán vio a Elías, le dijo: «Varón de Dios, el rey ha dicho que desciendas» (v. 9), que era otra forma de decir: «Está bajo arresto». Respondió Elías: «Si yo soy un hombre de Dios, vamos a volver a descender del cielo y tú y tus cincuenta» (v. 10). Y descendió fuego del cielo y consumió a los hombres. El tonto rey envió otro grupo de hombres y el capitán de ese grupo dijo: «Varón de Dios, el rey ha dicho así: Desciende pronto» (v. 11). Elías respondió: «Si yo soy varón de Dios, descienda fuego del cielo, y consúmate con tus cincuenta. Y descendió fuego del cielo, que lo consumió a él y a sus cincuenta» (v. 12). Una vez más el fuego de Dios bajó del cielo y consumió a ese grupo.

El rey envió a un tercer grupo. Al menos este capitán fue racional, vino delante de Elías, se inclinó y declaró: «Varón de Dios, te ruego que sea de valor delante de tus ojos mi vida, y la vida de estos tus cincuenta siervos» (v. 13). Y continuó: «He aquí ha descendido fuego del cielo, y ha consumido a los dos primeros capitanes de cincuenta con sus cincuenta; sea estimada ahora mi vida delante de tus ojos» (v. 14). Como resultado, el ángel del Señor le dijo a Elías:

> Entonces el ángel de Jehová dijo a Elías: Desciende con él; no tengas miedo de él. Y él se levantó, y descendió con él al rey. Y le dijo: Así ha dicho Jehová: Por cuanto enviaste mensajeros a consultar a Baal-zebub dios de Ecrón, ¿no hay Dios en Israel para consultar en su palabra? No te levantarás, por tanto, del lecho en que estás, sino que de cierto morirás.

Aprendemos en el versículo 17 que el rey murió «conforme a la palabra de Jehová».

Volviendo a Lucas 9, los discípulos se acordaron de lo que Elías había hecho y quisieron también mandar que descendiera fuego del cielo. Sin embargo, en vez de obtener confirmación, recibieron una reprimenda de parte del Señor: «Él se volvió y los reprendió, diciendo: Entonces volviéndose él, los reprendió, diciendo: Vosotros no sabéis de

qué espíritu sois; porque el Hijo del Hombre no ha venido para perder las almas de los hombres, sino para salvarlas. Y se fueron a otra aldea» (vv. 55-56).

Jesús estaba en una misión de misericordia, pero el orgullo de los discípulos la estorbaba. No podemos convertir a los oponentes del evangelio en el enemigo. Si atacamos todo el que no esté de acuerdo con nosotros etiquetándolo, agrediéndolo e insultándolo, estamos distanciándonos del campo misionero nosotros mismos. Los perdidos no son el enemigo; son el campo misionero. Un día el fuego vendrá, pero hasta entonces, estamos comisionados a participar en una misión de misericordia.

El pequeño pueblo samaritano se salvó del fuego físico. Y más adelante leemos en Hechos 8 que Felipe, un diácono en la iglesia primitiva, predicó en Samaria. Quizás muchos de los samaritanos también se salvaron de la llama eterna por la predicación de Felipe.

Como pastores, estamos en una misión de misericordia, por lo que no podemos alejar a las mismas personas que estamos llamados a alcanzar. Sin embargo, el orgullo va a hacer eso porque restringe la misericordia. Conocemos la verdad y tenemos la verdad. Pero no debemos dejar que ese conocimiento nos haga orgullosos; más bien, debemos predicar la verdad con amor y humildad. Jesús dijo: «Sed, pues, misericordiosos, como vuestro Padre es misericordioso. Y sed humildes, como Cristo que se humilló a sí mismo».

Oración

Padre, tu Palabra es preciosa. Tu Palabra es rica. Tu Palabra es poderosa. Permite que podamos aprender bien estos principios acerca de la humildad. Jesús pudo haber hecho que cayera fuego del cielo pero, en vez de eso, simplemente se fue a otro lugar. Ayúdanos a manifestar todas las características de la humildad y a no mostrar ninguno de los desagradables rasgos del orgullo. Nos encomendamos de nuevo a tu gracia y a tu Palabra, la cual es capaz de edificarnos y darnos una herencia que esperamos con gozo. En el nombre de Cristo, amén.